

DOS CULTURAS

Miquel Barceló

Una de las más curiosas paradojas de nuestro tiempo la expuso con crudeza C.P.Snow en 1959 en su hoy famoso libro "*Las dos culturas y la revolución científica*". Trataba del grave problema de la escisión de la cultura occidental en dos grandes bloques que podríamos etiquetar a grandes rasgos como las ciencias y las humanidades.

Snow ponía el dedo en la llaga de la estéril separación entre científicos y humanistas. Constataba, además, la escasa interacción entre esos dos grupos de intelectuales. Los humanistas lo desconocen prácticamente todo de la ciencia, mientras que los científicos, decía Snow, ignoran a su vez las humanidades y, en particular, la literatura. Sintetizando, existen científicos iletrados, mientras que los humanistas suelen considerarse cultos aún ignorando la ciencia, uno de los pilares centrales de la civilización contemporánea.

Pese a los años transcurridos, siempre es triste constatar la preocupante validez del diagnóstico de Snow: la escisión de las dos culturas sigue en activo y no parece haber remitido. Recientemente he podido tener una impresionante muestra de ello.

En noviembre pasado hablábamos aquí de la venida a Barcelona de Gregory Benford, catedrático de física de la Universidad de California en Irvine, divulgador científico y autor de ciencia ficción. Benford fue invitado por el Consejo Social de la Universidad Politécnica de Catalunya para dictar la conferencia central del solemne acto de entrega del *Premio UPC de Ciencia Ficción 1996*.

Previamente al acto, el gabinete de prensa de la UPC organizó algunas entrevistas de la prensa local y, como suele ocurrir, asistí a la mayoría de ellas como acompañante de nuestro invitado.

Como ya comenté en noviembre, Benford es autor de una ciencia ficción en donde no faltan las referencias y las especulaciones tecnocientíficas, un subgénero que suele etiquetarse como ciencia ficción "*hard*". Pues bien, en una de esas entrevistas, al tratar sobre el tipo de ciencia ficción que Benford escribe y domina, el periodista preguntó algo así como: "*¿Es usted consciente de que muchos de sus lectores, como yo mismo, no sabemos nada de física?*".

No recuerdo ahora la respuesta de Benford, pero si recuerdo como esa pregunta me chocó y me sorprendió en mi papel de mudo acompañante. Si he de decir la verdad, me horrorizó. Realmente no soy capaz de imaginar una mayor declaración voluntaria de ignorancia. Aunque, y tal vez eso sea lo más grave, quien la proclamara fuera del todo inconsciente de haberlo hecho.

Para transmitir el tremendo disparate que esa frase representa, imaginemos que otro periodista, al entrevistar a un autor de novelas históricas, preguntara algo así como: "*¿Es usted consciente de que muchos de sus lectores, como yo mismo, no sabemos nada de historia?*".

¿Alguien se imagina tal declaración voluntaria de ignorancia?

Pues es posible y puedo dar asombrado testimonio de como un periodista de la sección de cultura de un importante periódico, una persona considerada "culto", puede ir por el mundo reconociendo sin vergüenza que ignora un saber tan influyente en la vida occidental de hoy como es la física. Una prueba incontrovertible de que el diagnóstico de Snow, realizado hace ya más de treinta y cinco años, sigue vigente.

Sigo pensando que, hoy como ayer, una buena manera de ayudar a cruzar el abismo que separa la cultura humanista de la cultura científica es el recurso a la buena ciencia ficción. Literatura y arte narrativo al fin y al cabo, la ciencia ficción viene a ser, como dijera Asimov, "*esa rama de la literatura que trata de la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología*". Y esa respuesta, como es lógico, es cultural y, en definitiva, humanística.

Incluso tantos años después de la advertencia de Snow, la ciencia ficción sigue siendo uno de los mejores medios para, poco a poco, vencer esa sorprendente paradoja de nuestro tiempo: dos culturas todavía separadas pero que no deberían seguir estándolo.